

Carta de París

Un nuevo alcalde

Gustavo Guerrero

El decimoctavo distrito es, desde hace ya muchos años, el más heterogéneo, colorido y populoso de la capital francesa. En unas cuantas calles, el paisaje urbano –y humano– puede cambiar no una sino varias veces, y cada uno de estos cambios suele ser tan drástico e imprevisible que, por momentos, tenemos la impresión de haber pasado de una ciudad a otra sin que hayamos tenido tiempo de advertirlo. Rara y caprichosa sintaxis, la del decimoctavo distrito yuxtapone así los espacios más disímiles y articula y reúne lo que, en otras zonas de París, ha estado separado desde siempre. Al Este, por ejemplo, la plaza de Pigalle, entre los bulevares de Clichy y de Rochechouart, sigue siendo uno de los centros tradicionales de la prostitución y del comercio del sexo: bares de alterne, espectáculos X, sórdidos hoteles, *sex shops* y ahora hasta un Museo del Erotismo –y es que no podía faltar la excepción cultural francesa. Pero, a unas cuadras de allí, el público ya no es el mismo. En la esquina del bulevar Barbès, se arremolinan hombres y mujeres que, solos o en grupos, van y vienen con bolsas de Tati –la tienda de ropa más barata de la capital. El ambiente es cosmopolita, familiar e incluso doméstico: a lo largo de las aceras, se mezclan atuendos africanos, indios y magrebíes, bullicio de niños que gritan en tres o cuatro idiomas, buhoneros que anuncian precios aún más bajos y la agitación general de un día de mercado que parece no tener fin. Barbès es también la puerta del famoso barrio de la Goutte d'Or, un laberinto de callejuelas donde las sirenas de la policía resuenan con inquietante frecuencia y donde, según dicen, ningún agente se aventura solo. La alta burguesía y las clases medias están instaladas, sin embargo, a sólo unos pasos de ese zoco, en las faldas de la montaña de Montmartre, alrededor de la pomposa basílica del Sagrado Corazón. Señoriales edificios de comienzos del siglo XX, coquetas casas modernistas, silenciosas escaleras y una apariencia general de orden y profundo aburrimiento llenan esas calles que sólo se animan, de trecho en trecho, cuando irrumpe en ellas algún grupo de turistas extraviados. La mayoría se ha alejado sin darse cuenta del perímetro adyacente de la plaza del Tertre donde los esperan sus guías y autobuses. Allí nada tiene realidad o, mejor, todo tiene la realidad de un decorado de postal vieja: fal-

sos son los artistas que pintan al aire libre, falsos los interminables Utrillos, falsas las cantantes y los acordeones, falsos los poetas bohemios y los cabarets. La única verdad es la del consumo de un mito: el de un París a la Toulouse-Lautrec, que dejó de existir hace ya un siglo.

Podría prolongar mi descripción refiriéndome, por ejemplo, a la deliciosa plaza de Abesses –lugar de teatros, buenos restaurantes y mejores librerías–, o al conocido Mercado de las Pulgas, que comienza en la Puerta de Clignancourt sin que se sepa a ciencia cierta dónde termina. Pero no quisiera seguir alejándome de mi tema, pues todo este breve recorrido por el distrito más diverso de la ciudad es tan sólo el primer dato político para dibujar el perfil de nuestro nuevo alcalde: un hombre que inicia su carrera municipal, a mediados de los años setenta, justamente en esta circunscripción donde conviven inmigrantes y turistas, buhoneros y burgueses, grisetos y clases medias. En efecto, Bertrand Delanöe es elegido consejero de la alcaldía en 1977, con sólo veintisiete años y apenas unos meses después de llegar a París. Se dice que fue el propio Mitterrand quien descubrió el talento político del entonces muy joven militante que dirigía la federación socialista de Rodez. El viejo zorro lo ayuda a instalarse en la capital, le ofrece un cargo en el comité del partido y, cuando llega el momento de las elecciones de 1981, apoya su candidatura a un curul de diputado en el decimotercero distrito. Para hacer carrera en el medio político parisino, Delanöe necesitaba sin lugar a dudas a un padrino de esa talla, pues su perfil era –y sigue siendo– atípico: nacido en Túnez, había hecho sus estudios en universidades de provincia y no poseía ni los diplomas ni el *pedigree* de los alumnos de las grandes escuelas de política y administración. Además, no ocultaba su homosexualidad ni cierta timidez que le daba una imagen poco carismática. Alguno de sus viejos compañeros recuerda que lo llamaban «el comisario paleta». Pero Delanöe realiza, en París, una campaña impresionante y obtiene el resultado esperado. Junto a la otra joven promesa del socialismo, Lionel Jospin, se alza con el curul y Mitterrand lo premia nombrándolo portavoz del partido entre 1981 y 1983.

¿Qué aprende Delanöe en esos años? Según ha confesado, descubrir París y su circunscripción fue, para el joven y discreto provinciano, fuente de deslumbramiento y motivo de inquietud. Por un lado, recorría fascinado las calles de un municipio plural e imprevisible donde se acumulaba, como en distintos estratos, la memoria viva de la ciudad y de sus gentes. París tiene allí visos de un gran teatro del mundo o, mejor, cambiemos de autor, de un gran mercado del mundo que no podía menos que evocar los bazares tuneños y ese sol mediterráneo que brilla en los libros de Camus. Pero, por otro lado –y lejos de toda idealización–, la marginalidad, la violencia y los

conflictos intercomunitarios eran moneda corriente en un distrito donde se practicaba, como en otras zonas populares de la ciudad, una política de represión y abandono: dejar que los barrios se deterioren para proceder luego a las expulsiones, a la demolición de manzanas enteras y a la reconstrucción de viviendas destinadas a los sectores de mayores ingresos. Así se hizo en el barrio de la Bastilla y en las riberas del Canal Saint-Martin, dos experiencias piloto que abrieron el camino a las especulaciones inmobiliarias de los años ochenta y noventa, con pingües beneficios para los promotores –y, por supuesto, también para algunos ediles y consejeros. Ante la alternativa de enfrentarse con los problemas de la diversidad o de recrear artificialmente una ciudad homogénea, la opción de la derecha era clara: París debía seguir siendo una de las ciudades más caras de Europa. Las repercusiones de esta política se reflejaban, además, en otros aspectos de la administración municipal, como las ayudas sociales, la organización del transporte e incluso las subvenciones a la cultura. Todos los que no podían pagar el costo de la vida en la capital debían marcharse, sumándose así a la corriente de un éxodo que no podía sino contribuir a agravar el problema del hacinamiento en los suburbios, en una época de crisis económica y de tasas de desempleo sin precedentes.

A lo largo de los años ochenta, Delanöe y la «banda del decimoctavo» (Jospin, Estier y Vaillant) multiplican las propuestas y las acciones contra esta tácita «limpieza» de París que se quiere extender a los veinte distritos. Los años oscuros de la segunda presidencia de Mitterrand lo alejan de la política nacional –como también a Jospin– y lo llevan a concentrarse casi exclusivamente en las cuestiones municipales. Desde su circunscripción, Delanöe prepara el programa para la reconquista de la ciudad y, en 1995, dirige la campaña que lleva a los socialistas a quitarle seis alcaldías al grupo de Chirac. Los escándalos inmobiliarios, el desprestigio creciente de los ediles, consejeros y alcaldes de derecha y, en general, el descontento por la degradación de las condiciones de vida preparan el terreno para la victoria electoral de esta primavera. Pocos, sin embargo, creyeron, en un principio, en ella. Ni siquiera Jospin parecía convencido de las posibilidades de su viejo amigo. Y es que París, como se suele repetir, tiene el aura de un mito revolucionario –la Comuna– y la dura realidad de una historia conservadora –el barón de Haussmann. Además, Delanöe, retirado desde hacía muchos años del foro nacional, era casi un desconocido para la opinión pública y no gozaba del prestigio de una imagen que pudiera apoyar su candidatura. Ante una figura como la de Séguin –o aun como la de Tibéri–, el sencillo y serio Delanöe parecía demasiado gris. Los muñecos de Canal + no tardaron así en presentarlo como a un hombrecillo insignifi-

cante y escasamente simpático que trataba de conjurar en vano su falta de carisma. En los círculos socialistas se pensó incluso en una candidatura alternativa de Strauss-Kahn o de Lang, pero Delanöe, voluntarioso, gana al final la confianza de Jospin y, en un gesto de inteligencia, basa su campaña justamente en una crítica de la política-espectáculo y del culto a la imagen mediática de los candidatos. Delanöe se presenta como la *antistar* de la política francesa y esa actitud inédita le granjea el apoyo de una silenciosa mayoría de indecisos que le da el triunfo. Por primera vez en casi un siglo, París cambia de orientación y elige a un alcalde socialista.

La fiesta que recorre la ciudad ese día traduce las nuevas esperanzas que surgen con Delanöe. ¿Qué se espera de su gestión? En primer lugar, el fin de una política taimada de exclusión urbana y de especulación inmobiliaria cuyo objetivo era acabar con la diversidad social de la capital. El nuevo alcalde promete la restauración de los barrios populares y la construcción de viviendas para las clases de menores ingresos en el centro y en el Oeste de la ciudad. La influencia creciente de los ecologistas, que tienen ahora un lugar destacado en el gobierno municipal, debería llevarlo a tomar en breve una serie de medidas para combatir la contaminación galopante que aqueja a París. Se prevé la creación de nuevas zonas verdes, la limitación del tráfico de automóviles y el desarrollo de otras formas de transporte –corredores viales para las bicicletas, áreas peatonales dentro de cada barrio y un tranvía circular que ha de recorrer todas las puertas de la ciudad. En el terreno cultural, se piensa en que algunas de las universidades hoy situadas fuera de los muros vuelvan a instalarse dentro de la capital. La idea de Delanöe es volver a dar a París la vitalidad de una ciudad joven y el carácter de una villa abierta a todas las formas del arte contemporáneo. Durante veinticinco años, sólo un 5% del presupuesto municipal ha estado destinado a la cultura y, de ese 5%, el 80% se asignaba a los teatros, las orquestas y los museos, es decir, al sector más tradicional y más institucional. De ahí que la ciudad se haya ido quedando a la zaga de los movimientos actuales, sin espacios alternativos ni una oferta interesante en el plano internacional. El programa del nuevo alcalde contempla la construcción de talleres, el apoyo a creación de grupos independientes y un sistema de becas de residencia para escritores y artistas extranjeros, como el que existe en Berlín.

Es aún demasiado temprano para saber si todas estas promesas se han de cumplir. Por de pronto, lo esencial es que existe la perspectiva de un cambio que saque a la ciudad de su largo sueño y permita redorar sus maltrechos blasones. Y es que París duerme en sus laureles desde hace ya muchos años, tantos que a veces se confunde con la imagen sepia de algún viejo grabado. Ojalá que este hombre modesto y discreto, al margen del *star sys-*